

Base del Estado En Defensa del Populismo

POR LORENZO MEYER

UN fantasma parece recorrer las cúpulas del poder: el fantasma del populismo. Después de que el Presidente De la Madrid rechazó "al populismo que cede ante lo inmediato", el término parece estar a punto de perder, si cabe, la poca legitimidad que le quedaba. Confío en que todo sea un problema de terminología, una simple forma de subrayar la voluntad del nuevo gobierno de alejarse de la irresponsabilidad y del despilfarro y nada más.

Lo que se entiende por "populismo" depende del contexto en que se use. Los populismos ruso o estadounidense del siglo XIX, son muy diferentes de los latinoamericanos que surgieron de la Revolución mexicana o de la crisis económica de los años treinta. Entre nosotros, el término implica, entre otras cosas, la destrucción del régimen oligárquico del Porfiriato, la desaparición de la gran propiedad rural y la incorporación de las masas populares organizadas y de grupos de las clases medias, a la calidad de actores políticos. También significa que dicha incorporación se hizo subordinando a clases y grupos al liderazgo del Estado —dominado por una pequeña burguesía nacionalista y revolucionaria— que por medio de un presidencialismo feroz, se propuso llevar al país por el camino de la modernización.

★

EL populismo —sobre todo después de las reformas políticas y económicas del cardenismo— es ni más ni menos la base en que se asienta el Estado mexicano actual. La subordinación de las clases populares a la voluntad estatal mediante el nacionalismo, la expansión del sistema de seguridad social, el subsidio al consumo de las clases trabajadoras —especialmente urbanas— etcétera, es lo que ha permitido mantener la notable estabilidad política y, hasta hace poco, un ritmo aceptable de crecimiento económico, siempre favorable a los intereses del capital sobre los del trabajo.

El populismo mexicano no se distingue por su equidad, pero a diferencia de otros —como bien lo

SIGUE EN LA PAGINA OCHO

Base del Estado

Sigue de la página seis

señalara Sergio Zermeño— se institucionalizó y nos dio una paz social de la que hay pocos ejemplos en el tercer mundo. Siendo autoritario, no desembocó en una dictadura militar, mantuvo el marco democrático —más como aspiración que como realidad—, así como una voluntad de incluir a todo grupo organizado y representativo que aceptara su regla de oro: respetar la autoridad definitiva de la Presidencia.



LA estrategia de nuestro desarrollo económico ha entrado en una crisis que parece ser definitiva, y que quizá sea también la crisis del populismo. Ahora bien, creo que es indispensable buscar nuevos caminos para el desarrollo económico, pero sin echar por la borda al viejo populismo. La alternativa socialista y democrática —la que tendría mayor legitimidad moral— simplemente no es viable por el momento dadas las condiciones geopolíticas e internas de México; el camino de un capitalismo descarnado, al estilo “escuela de Chicago”, muy probablemente abriría las puertas a una guerra social y a la represión.

Me parece que no hay, por ahora, alternativa realista al populismo, entendido como la coalición multi-clasista y de negociación constante que es la razón de ser del régimen actual. ¡Sin la base populista y sus herencias, el PRI y nuestra clase política actual simplemente no existiría! La austeridad inevitable en la que hemos caído, deberá llevarnos a racionalizar el uso de los recursos, pero no a darle siempre preferencia a la eficiencia sobre otras consideraciones. Después de todo, la economía es siempre **economía política**. Si al populismo se le desecha en base a crite-

rios tecnocráticos, llegará el momento en que desde el poder se reconozca lo que será obvio, que: “hemos encontrado al enemigo... y el enemigo somos nosotros”. Sin populismo el régimen actual no será más que simple autoritarismo.